

TRASQUILA

IMAGINAR EL MÉXICO DEL SIGLO XXI

Héctor Castillo Juárez

El nuevo escenario político que inauguró México el 2 de julio del año pasado y que paradójicamente parece mostrarnos hoy a un presidente más bien débil, acotado y cada vez más solitario, a un congreso heterogéneo, dividido y -en general- mal preparado, así como a un poder judicial que hacia el inicio del nuevo milenio aún no surge del voto popular, nos deja como una tarea fundamental la necesidad de reflexionar sobre el país que somos y el México que queremos construir para nuestros hijos en los próximos cincuenta años.

Si bien es cierto que cuando dirigimos los ojos hacia el México de la mitad del siglo que recién concluyó y le comparamos con el que vivimos ahora, nos es posible reconocer importantes cambios, es indudable también que aún prevalecen, en muchas de nuestras diversas instituciones, la corrupción, la injusticia y una pobre vocación democrática emanada de la cultura vertical y autoritaria de la que provenimos como nación.

Pero imaginar el México que podemos ir construyendo los ciudadanos todos, si somos capaces de abandonar, tanto a la derecha como la izquierda del espectro político nacional, dogmas, autoritarismos e intolerancias, nos demanda trabajar intensamente y desde todas las trincheras ciudadanas existentes, para conseguir edificar instituciones sólidas, democráticas y honorables. Ello nos obliga además, entre otras cosas, a comenzar la tarea de transformar y refundar los partidos políticos nacionales, ya que sus actuales estructuras operativas fueron concebidas y diseñadas para funcionar en ambientes predemocráticos, por decirlo eufemísticamente. Por ello, dicha transformación debe pasar por la renovación de liderazgos acordes al México del nuevo milenio.

Así las cosas, algunos de los urgentes asuntos de la política nacional que deberían reconsiderarse y discutirse intensamente son -entre algunos otros- la posibilidad de la reelección de los diputados y senadores por un segundo período consecutivo, la reducción de la duración del período presidencial a solamente cuatro años con posibilidad para la reelección sólo por un período adicional, consecutivo o no. Y para poder transitar a estadios democráticos aún más avanzados, habrá que ir trabajando para sentar las bases que nos permitan, en un futuro no muy lejano, la instrumentación de un régimen parlamentario que haga posible terminar, de una vez y para siempre, con la figura de Presidente de la República que tanto daño a causado a nuestro país, ya que ésta impide, por decir lo menos, el desarrollo democrático de la nación. La Presidencia de la República es, indudablemente, una figura autoritaria por definición y en consecuencia no propicia para el ejercicio democrático que el país demandará en el futuro. Será por ello fundamental sustituirle por la figura de Primer Ministro.

Sin duda que la construcción de estos nuevos escenarios democráticos no estará en las manos de las actuales dirigencias, ávidas de poder, de los partidos existentes, sino más bien en las manos de los millones de jóvenes que hicieron posible terminar con la hegemonía del PRI que retrasó el desarrollo de nuestra nación.

La discusión no debe, en consecuencia, circunscribirse a los espacios de los actuales partidos políticos. La sociedad deberá participar desde sus múltiples y muy diversas instituciones. Pero la fractura de prejuicios, dogmas e intolerancias que demanda arribar al siglo XXI sólo podrá ocurrir si la discusión sobre los asuntos más relevantes del quehacer nacional surge de los líderes del mañana: de los jóvenes del México de hoy.

Para la revista Quehacer Político del 11 de diciembre de 2001.

Comentarios a: trasquila@hectorcastillo.org